

Sede. Esta unión desde hacía tanto tiempo deseada y llegada al fin, no duró mucho tiempo, pues, cesó, en efecto, á la muerte del emperador Miguel Paleólogo, acaecida en 1282. Pero el dolor de ver reproducido el cisma, affigió tanto á Buenaventura, que agobiado además por el trabajo y las austeridades, fué atacado en el curso de las sesiones, de la enfermedad que terminó con sus días, muriendo el 15 de Julio de 1274 en la paz del Señor, á los cincuenta y tres años de edad. Se le hicieron magníficos funerales, tales como jamás se habían hecho ántes que á él, ni á soberano alguno; tales eran los profundos sentimientos de respeto y admiración que sus virtudes y su ciencia habían hecho nacer en los corazones. El Papa, los cardenales y todos los demás padres del Concilio, asistieron á la ceremonia. La oración fúnebre fué pronunciada por Pedro de Tarentaise, cardenal obispo de Ostia, elevado después al trono pontificio bajo el nombre de Inocencio V.

Buenaventura fué canonizado en 1482 por el papa Sixto IV; Sixto V lo colocó en el número de los Doctores de la Iglesia y le confirmó el sobrenombre de *Doctor Seráfico*. Depositado al principio en el convento de su orden en Lyon, sus restos fueron trasportados en 1494 á la iglesia que poseen los Franciscanos al pié del fuerte de Pierre-Encise, sobre las riberas del Saóne. Sus preciosas reliquias que excitaban la veneración pública y la piedad de los fieles, fueron conservadas allí religiosamente hasta 1562. Los Calvinistas de esa época las arrojaron á las llamas en una de las plazas públicas de Lyon y en su odio sectario, arrojaron las cenizas á las aguas del río. Pero dice un biógrafo de nuestro santo: esos enemigos del cristianismo no pudieron aniquilar del mismo modo los restos espirituales del Doctor Seráfico: sus obras continuaron en ser

veneradas y consultadas en la Iglesia universal.»

Nos queda que pasar rápidamente en revista las obras que nos legó. Sabido es que la escolástica y la mística fueron el objeto de los estudios y meditaciones del Santo Doctor; así es que sus escritos se pueden dividir en dos clases: Es necesario contar entre los primeros sus *Comentarios sobre el Maestro de las Sentencias*, en las cuales sostiene las opiniones de Pedro Lombardo con una rara abundancia de pruebas filosóficas; —el *Breviloquium* y el *Centiloquium*, manuales dogmáticos que encierran una corta y sustancial suma de la teología, en donde la solidéz de los razonamientos en nada cede á la más pura ortodoxia. Pero donde San Buenaventura excedió á todo, fué en la ciencia mística; conducido siempre por esa piedad expansiva y profunda, era natural que se le viera, y con razón, como uno de los más grandes maestros de la vida espiritual. Citaremos más particularmente: *el Itinerarium mentis in Deum*; *el libro de los siete grados de la contemplación*; *el Estímulo del amor divino*; *las Meditaciones sobre la vida de Jesucristo*; *el psalterio de la Virgen*, y *Opus sermorum de tempore et de sanctis*.

En 1588 96 fué la primera vez que se recogieron en Roma, por orden de Sixto V los escritos de San Buenaventura que en siete volúmenes en folio editó el franciscano Buanofoco. Otra edición se hizo en Lyon en 1688, otra apareció en Venecia en 1751 en catorce volúmenes en 4.º, y la última que acaba de aparecer en París, editada por Luis Vives, en 15 volúmenes, en 4.º á dos columnas.

[Continuará].

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga. — D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, SEPTIEMBRE 8 DE 1894.

NUM 65.

SECCION I.

Letras Apostólicas

DE NUESTRO SANTISIMO
PADRE EL

SR. LEON XIII.

A todos los Príncipes y Naciones.

SALUD Y PAZ EN EL SEÑOR.

(Concluye).

Y no ménos que en lo que toca á lo exterior, puede resultar de lo que vamos diciendo á lo interior de los Estados una salvaguardia de bienestar mucho más seguro y eficaz que el que puedan ofrecerles las leyes y las armas, como quiera que nadie deja de ver cómo de día en día van acrecentándose los peligros de la seguridad y tranquilidad pública, conspirando las sectas de los revolucionarios, según lo testifica la atrocidad de los hechos para la perturbación y destrucción de los Estados. Dos son en verdad, las cuestiones que con grande empeño se agitan hoy día, es, á saber: la social y la política; una y otra sin duda gravísimas, y para cuya recta y sábia resolución, si bien se propongan y adopten loables propósitos y

temperamentos y ensayos, nada hay tan eficaz como el educar universalmente los ánimos de la conciencia y regla de sus deberes conforme al principio interior de la fé cristiana.

De la cuestión social no ha mucho que tratamos de intento, y en este sentido, tomando los principios del Evangelio y de la razón natural. Para la acertada resolución de la cuestión política, cuyo fin es conciliar la libertad con la autoridad, cosa que muchos confunden en la idea y desalentadamente separan en el hecho, muchas y muy provechosas enseñanzas, pueden sacarse de la Filosofía cristiana. Por que una vez asentado y de común acuerdo establecido que cualquiera que sea la forma de gobierno que se haya adoptado en un Estado, la autoridad viene de Dios, entiende inmediatamente la razón que en unos es legítimo el derecho de mandar y en otros es conforme y ajustado el deber de obedecer, y en ninguna manera contrario á la dignidad humana, pues que, por una parte, verdaderamente más se obedece á Dios que no al hombre, y por otra ha intimado la Soberana Majestad juicio severísimo á los que mandan, si no representan justa y rectamente su divina persona. Por lo demás, la libertad de los individuos, á nadie puede ser mal visto ni ocasionada á sospechas, supuesto que en las cosas que son verdaderas, santas y relacionadas con la pública tranquilidad, á nadie r

En fin, si se mira la influencia que ejerce de suyo la Iglesia, madre y pacificadora de príncipes y de pueblos y nacida para ayudarlos con su autoridad y consejo, aparecerá más claro que la luz cuanto puede contribuir al bien común el que todas las naciones procuren sentir profesar lo mismo en lo referente á la creencia cristiana.

Pensando en esto y aspirando á ello con toda la ansiedad de nuestros deseos, vislumbra nuestra mente el estado de cosas que se esblecería en la tierra, y él es tal, que nada hay que pueda ser más grato á la vista que la muchedumbre de bienes que de este estado habrían de seguirse. Porque apenas puede imaginar la fantasía el progreso que se abriría de improviso con la paz y la tranquilidad á toda suerte de prosperidad y excelencia, fomentándose toda clase de adelantos en los estudios, y fundándose y engrandeciéndose, conforme á la ley cristiana y según lo que acerca de ellos hemos prescrito, los gremios de agricultores, artesanos é industriales, con cuyo aunado auxilio se reprimiría la voracidad de la usura, y se ensancharía el campo de los provechosos trabajos.

Esta grandeza de bienes, no circunscrita á los confines de las naciones civilizadas, rebosaría inmediatamente á las demás. Porque hay que tener en cuenta que, como dijimos al principio, hay aún pueblos innumerables que hacen ya muchos siglos y edades que están aguardando quien les lleve la luz de la verdad y de la civilización. Ciertamente los consejos de la Sabiduría Divina están ocultos y muy lejos de la inteligencia humana; con todo no es posible negar que si en gran parte de la tierra está aún extendida la miserable superstición, hay que atribuir no pequeña culpa de esto á las diferencias nacidas en materia de Religión.

En realidad de verdad, en lo que puede alcanzarse el humano entendimiento argumentando por los acontecimientos, el destino señalado por Dios á la Europa parece consistir en llevar á todas

las regiones del globo los bienes de la cultura cristiana. Los principios y los progresos de obra tan grande, resultado del trabajo de las edades anteriores, encaminábanse á toda prisa á gloriosos acrecentamientos, cuando en el siglo XVI estalló repentinamente la discordia. Con ella, desunida la cristiandad en varias partes con las divisiones y contiendas, y quebrantándose con las luchas y guerras las fuerzas de Europa, las expediciones sagradas debieron de experimentar la funesta influencia de los tiempos. Y habiendo perseverado las causas de la discordia, ¿qué extraño es que una porción tan grande del linaje humano esté aún sumida en la barbarie de las costumbres y en la locura de la superstición? Pues para bien común de todos, procuremos á una y con el mayor empeño, restablecer la antigua concordia. Para lo cual, y para propagar los bienes que se consiguen de la sabiduría cristiana, son, en verdad, muy á propósito los tiempos que corren, ya que nunca como hoy penetraron más íntimamente en los ánimos los sentimientos de la fraternidad humana, ni en ningún siglo parece que ha tenido el hombre tanto empeño como en el nuestro para ir en busca de sus semejantes, á fin de conocerlos y ayudarlos. Hoy los trenes y los vapores recorren con increíble celeridad la inmensidad de las tierras y de los mares, contribuyendo grandemente, no sólo á fomentar la contratación de los pueblos y la studiosidad de los ingenios, sino también á esparcir desde el Oriente hasta el Ocaso la palabra divina.

No desconocemos cuan larga y laboriosa empresa sea el restablecimiento del orden de cosas á que aspiramos, ni faltarán quizás quienes piensen que Nos dejamos llevar de excesiva confianza y que ansiamos más lo que debe desearse que no lo que debe esperarse. Pero Nos ponemos toda Nuestra esperanza, y aun toda Nuestra confianza, en Cristo Jesús, Redentor del género humano, teniendo muy presentes en la memoria las grandes empresas llevadas á cabo por la lo-

cura de la Cruz y de su predicación con asombro y confusión de la *sabiduría de este mundo*. En especial, y muy señaladamente, suplicamos á los príncipes y gobernadores de los Estados que, conforme les dicte su prudencia civil y fiel cuidado que deben tener de sus pueblos, estimen nuestros consejos según su verdad y los fomenten con su autoridad y favor. Aunque no se lograra más que una parte de los bienes á que aspiramos, no sería éste pequeño bien en medio del inmenso abatimiento de las cosas que alcanzamos, cuando la inquietud y la impaciencia por lo presente se unen al temor y al recelo de lo porvenir.

Los últimos años del siglo pasado dejaron á Europa harta de ruina y trémula con las convulsiones, ¿por qué este siglo, que se acerca á más andar á su término, no ha de dejar por el contrario, como en herencia al linaje humano los felices auspicios de la concordia, y juntamente con ellos la esperanza de los bienes imponderables que están contenidos en la unidad de la fé?

Quiera "Dios, rico en misericordia" y en cuyo poder están los tiempos y "los momentos," acceder favorablemente á Nuestros deseos, y haga en su clemencia soberana que se realice pronto aquella promesa de Jesucristo: "Haráse un sólo rebaño y un sólo Pastor."

Dado en Roma, junto á San Pedro, día XX de Junio del año de MDCCCXCIV, de Nuestro Pontificado el décimo séptimo.

LEON P.P. XIII

S. C. del S. Oficio.

Se han sometido al Santo Oficio de Roma varias importantes cuestiones por el Arzobispo de Friburgo, y son las siguientes:

1.ª ¿Es permitido administrar los últimos Sacramentos á los que, sin ser masones, han ordenado la cremación de sus restos, no porque profesen principios sectarios, sino por otras razones?

Respuesta.—No es lícito, si despues de dos amonestaciones persisten en su resolución.

2.ª ¿Puede aplicarse la Misa por el alma de los fieles cuyos restos, sin su conocimiento, han sido sometidos á la cremación?

Respuesta.—Puede aplicarse privada, más no públicamente.

3.ª ¿Es lícito cooperar como médico ó empleado en cementerios, á la cremación de los cadáveres? ¿Lo será para evitar males mayores y en circunstancias extraordinarias?

Respuesta.—No lo es; al menos cuando la concurrencia á tales actos llegue hasta poder calificarse de dirección de los mismos, y cuando todo esto se haga por desprecio formal de la doctrina católica.

S. C. DEL INDICE.

La congregación del Indice acaba de publicar una lista de libros; éntre ellos figuran: *La revolucion en el derecho*, de Martínez Caveró. Madrid, 1883.—*La Vida de Santa Teresa de Jesus* por Roques.—*La reforma del clero según el Concilio de Trento*, por el marqués Virginio.—*El Diccionario católico y la cuestión social*, publicado en Turín; y algunas obras inglesas de Saint Georges Mivart.

SECCION III.---VARIEDADES.

ENSAYOS

sobre algunos estudios bibliográficos.

[Concluyen].

SANTO TOMAS DE AQUINO.

El monumento teológico que todos los hombres más célebres, cada uno en su género, se propusieron levantar y cuyos materiales reunieron, los legaron á Santo Tomás de Aquino para que como hábil arquitecto fuera su constructor. Como otro Salomón respecto del templo de Jerusalén, á Tomás pertenece

el honor, sin quitar, como à David en aquel, la parte que le pertenece.

Tomás nació en el castillo de Rocca-Secca, en la tierra de Labour, hácia fines del año de 1226, que fué el mismo año en que S. Luis IX subió al Trono de Francia y San Francisco de Asís descendió al sepulcro, cinco años después de la muerte de Santo Domingo. Los Condes de Aquino, de quienes descendía, tenían los señoríos de Loreto, Sommaco y Belcastro. Por su padre Landolfo, era nieto de una hermana de Federico Barbaroja. Por su madre Teodora de Théate, pertenecía á la raza de los príncipes Normandos que reinaban sobre la Sicilia, después de habersela en señoreado. Maravillosos signos habian precedido á su nacimiento y precoces virtudes iluminaron los primeros pasos de su vida. A la educación maternal siguieron las lecciones de los religiosos del Monte Cassino. Cuando pasó á este célebre monasterio, solo tenía seis años, realizándose á la letra aquella hermosa prescripción de San Gerónimo: "*Nutritur in Monasterio, nesciat seculum, vivit angelice*". A la edad en que regularmente los niños emprenden sus estudios elementales, él se encontró en actitud de seguir los cursos dados en las Universidades de Nápoles que acababa de fundar Federico II, donde se hallaban reunidos los hombres más notables por su ciencia y saber, gracias á la magnificencia imperial. A ese hermoso plantel fué enviado Tomás, pero bajo la tutela de un prudente preceptor, precaución indispensable, supuesta la corrupción que reinaba en la ciudad; pues ni la angélica pureza de su hijo, ni los sólidos principios que había recibido en el Monte Cassino, se creyeron bastantes por su madre para preservarlo de tantos peligros. En Nápoles, sus progresos en la virtud fueron todavía mayores que los que había hecho en la ciencia. Frecuentando las Iglesias, y principalmente la de los Dominicos donde se le encontraba extasiado cuanto tiempo se lo permitian sus estudios, ocupándose de preferencia en pensar so-

bre su vocación. A poco tiempo se supo con sorpresa que Tomás, renunciando al halagüeño porvenir que le ofrecían su origen y el valimiento de su familia, renunciaba al mundo para entrar al Convento de los Dominicos. Alarmada su madre y hermanos por tal resolución tan contraria á los proyectos que habian formado para su porvenir, se dirigen á Nápoles, de donde habia partido Tomás por orden de sus superiores para Roma y á donde lo seguian sus deudos, para conseguir que desistiera de su resolución; interviniendo entonces el Papa para que se le dejara en entera libertad. Se resuelve mandarlo á París, habiendo sido arrebatado en el camino por sus hermanos que lo conducen como cautivo á su misma casa para disuadirlo de su resolución, valiéndose Teodora su madre de sus hijas para que por el afecto que le tenían consiguieran con ruegos y súplicas lo que ella deseaba; más desempeñando su encargo ante su hermano, de tal manera le hablaron, que en lugar de conseguir que Tomás volviera al mundo, ellas lo dejaban tambien, consintiendo al fin su madre en dar su aprobación para que profesara; no valiendo ni la reprobada estratagemas de que se valieron sus hermanos, terminando con triunfar la castidad. Salia pues de aquel castillo, que para él fué una prisión, como otro Pablo de Dámasco, para dirigirse á Nápoles, donde recogido en su convento, y con beneplácito general, hizo su profesión. Ya miembro de la familia dominicana, sus superiores lo mandan á Colonia para que siguiera los cursos de Teología, cuya cátedra desempeñaba entonces Alberto Magno, que llamaba la atención desde entonces, y cuyos cursos siguió por algún tiempo. Envidiosos sus condiscípulos de su superioridad y de las consideraciones que le profesaba el Maestro, se hizo el objeto de sus burlas y desprecios, valiéndose de llamarle con el nombre despreciativo de buey mudo de Sicilia que le daban cuando se trataba de él; lo que advertido por el Maestro, inscrepaba á los discípulos,

hasta que una vez tocándole á Tomás, tener que hablar públicamente sobre una tesis que le tocó en suerte exponer, de tal manera llamó la atención de su Maestro, que oyendo una vez llamarle por su apodo de buey mudo, le dijo: día vendrá, en que los mugidos de ese buey que hoy llamais mudo, se oigan por todas partes y retumben por todo el mundo. De esta época data la estrecha amistad que ligó á Tomás con S. Buenaventura. Llegando una ocasión el primero á visitar al segundo, al llegar á la puerta de su celda, estando entreabierta, viendolo que escribía, dijo: no interrumpamos á un Santo cuando habla de otro Santo. Escribía Buenaventura la vida del fundador de su orden, de S. Francisco de Asís. En otra ocasión, preguntándole Buenaventura á Tomás donde encontraba tan bellas y grandes cosas como escribía, le contestó el segundo: He allí mi libro, apuntándole el crucifijo que estaba sobre su mesa.

Mientras que el Maestro trataba con plena autoridad las más altas y profundas cuestiones de la Teología, el discípulo, seguía el plan de estudios adoptado entonces, limitándose á la enseñanza de la filosofía, á la explicación de la Sagrada Escritura y á comentar al Maestro de las Sentencias, cuya misión desempeñó con tal maestría que se atrajo la atención de todos, llegando á ser la admiración de quien lo escuchaba; y no obstante la atención que reclamaban los deberes de su magisterio, comenzó á publicar algunos opúsculos que revelaban sus profundos conocimientos. Aparecieron entonces como sus primeros ensayos: *Los principios de la naturaleza sobre El Ser y la Esencia*, arduos prolegómenos sobre la ontología, y la carta que sin fecha ni nombre dimos á conocer á nuestros lectores en la página 485 de este periódico.

El año vigésimoquinto de su vida ascendió al Sacerdocio; y cual haya sido su angélico fervor cuando ofreció su primer sacrificio, lo revela el canto Eu-

carístico que por encargo de un Pontífice compuso á la Augusta Eucaristía.

A pesar de las sordas antipatías que habia con respecto á la enseñanza que en las Universidades daban los monjes, la de Paris, por aclamación, y sin examen precedente, le otorgó el bachillerado que era indispensable para el magisterio: tanta era la reputación de su saber. El canciller de aquel plantel le nombró catedrático de Teología para la Soborna, fundada por el célebre Doctor Roberto Sorbón, de donde viene el nombre de Sorbona á la Universidad de Paris, derogando con tal nombramiento, y nomas por su notoria aptitud sus reglamentos que exigian treinta y cinco años de edad en el catedrático que la sirviera, los que no tenia Tomás, y ocho años de estudios teológicos, los que tampoco ajustaba. No contento con su enseñanza oral en la escuela, se entregó á la predicación en todas las Iglesias, y continuó publicando muchos escritos. Dictaba á tres ó cuatro escribientes á un tiempo sobre materias diversas. Dirigió un escrito á la Duquesa de Brabante titulado: *De regimine judaeorum*, otro al Arceadean de Trento: *Espositio primae et secundae decretalis Inocentii III*, otro á Gerardo, *Essai de theologiae practique et morale*, otro al monje Reginaldo sobre las sustancias separadas, é independientes de la materia, ó de la naturaleza angélica. A otros: *De differentia verbi divini et humani*, *De natura verbi intellectus*, de *Sorbitibus*, *De et erintate mundi* contra los que sin exepctuar ni á Platón, suponían al mundo material y visible, si nó en su estado actual, al menos en cuanto á su esencia como eterno; sobre la esencia de la materia; sobre sus formas y dimensiones; sobre el movimiento del corazón; sobre el organismo del cuerpo humano; sobre el alma, sobre sus facultades, sus potencias y defectos originales.

Entre sus escritos piadosos, viene la explicación de la Oración dominical, la de la Salutación angélica, la explicación del libro de Boecio sobre las Semanas, la de los artículos de la fé, de los Sacra-